

1. INTRODUCCIÓN

Desde hace muchos años, he sentido un vivo interés por la importancia que han tenido los conflictos bélicos a lo largo de la historia y de la influencia que, directa o indirectamente, han ejercido en el devenir de las civilizaciones. Si un momento histórico ha estado marcado por el empleo de las armas y por su elevada conflictividad social, ese ha sido el de la Edad Antigua.

Siguiendo el *Diccionario* de la Real Academia Española de la Lengua se puede definir la guerra como la lucha armada entre naciones o partidos. Ya decía el filósofo Thomas Hobbes, allá por el siglo XVII, *Homo homini lupus est*. Dentro del género humano se encuentra el germen de la guerra, que lo conduce al enfrentamiento con otros miembros de su misma especie. Se trata de un fenómeno tan antiguo como el mismo hombre, que existe desde los inicios de la Humanidad.

Desde un punto de vista muy generalista, se podría afirmar que el mundo ha sufrido algunas de sus mayores transformaciones a causa de las guerras y de los enfrentamientos armados entre los diferentes grupos humanos que lo han poblado. A través de esta concepción, en cierto modo, la historia del mundo sería la historia de los enfrentamientos que se han llevado a cabo en él. Tal y como afirmaba Plutarco, a lo largo de toda la Historia Antigua había resultado imposible que dos reinos estuvieran en contacto sin llegar al enfrentamiento armado, pues la ambición del hombre nunca tenía límites:

“Aquellos a cuya ambición, ni el mar ni los montes, ni los desiertos son suficiente término y a cuya codicia no ponen coto los límites que separan a Europa de Asia, no puede concebirse cómo estarán en quietud rozándose y tocándose continuamente sino que es preciso que se hagan siempre la guerra, siéndoles ingénito el armarse acechanzas y tenerse envidia. Así es que de estos dos nombres, guerra y paz, hacen uso común de la moneda, para lo que les es útil, no para lo justo, y debe considerarse que son mejores cuando abierta y francamente hacen la guerra que no cuando, al abstenerse y hacer pausas de violencia, le dan los nombres de justicia y amistad” (Plut., *Vit. Pirrh.*, 12).

Este estado de guerra total es todavía más palpable en el Mundo Antiguo, y en especial en la Grecia Clásica, en la que la lucha armada se convirtió en algo intrínseco y propio de su misma constitución. Por tanto, resulta determinante la comprensión de este fenómeno para entender en su totalidad las claves de la civilización griega y el funcionamiento de las “ciudades-estado”.

“Lo que la mayor parte de la gente llama paz, no es allí más que una palabra; en realidad todas las ciudades se hallan en estado de guerra, si no declarada, al menos virtual, respecto a las otras: es un hecho natural” (Pl., *Leg.*, I, 626A).

Durante la primera mitad del siglo IV a.C. el filósofo Aristóteles ya apuntaba la importancia que la guerra tenía como agente constructor de imperios. Dentro de los conflictos bélicos, la toma de las ciudades (poliorcética), principal núcleo de poder, ocupaba un lugar primordial:

“Si no me equivoco, todo reino y todo imperio se consigue con las guerras y se propaga con las victorias. Las guerras y las victorias se ganan por regla general con la conquista y la destrucción de las ciudades. Tal gesta no se realiza sin ofender a los dioses: se abaten las murallas y los templos...” (Cic., *Rep.*, Libro III, 20).

En el período comprendido entre las Guerras Médicas (490 a.C.) y la batalla de Queronea (338 a.C.), las dos terceras partes del tiempo no pudo gozar toda Grecia de un período de paz. Y en Roma, en el período comprendido entre el reinado de Numa Pompilio (siglo VII a.C.) y el gobierno de Augusto, sólo se cerraron las puertas del templo de Jano en contadas ocasiones.

Entre los motivos que llevaban al estallido de un conflicto bélico, ocupaba un lugar muy importante el interés económico por el control de las fuentes de riqueza. El hombre siempre ha ambicionado lo que poseía su vecino y ha intentado arrebatárselo por todos los medios a su alcance. Si este deseo de apropiarse de lo ajeno se producía entre reinos o ciudades resultaba inevitable la guerra.

La lucha por la independencia, encaminada a liberarse del dominio de otro pueblo y conseguir su propia soberanía, se encuentra en la base de gran parte de los conflictos de la Antigüedad. Baste recordar como ejemplos, la rebelión de los galos contra los romanos acaudillada por Vercingetórix (Caes. *B. Gall.*; Oros., *Hist.*, VI) o la revuelta que estalló en Judea en tiempos de Tito (Joseph, *BJ.*, V-VI; Tac., *Hist.*, V).

Pero, a menudo, los motivos que conducían a un enfrentamiento bélico se solapaban, constituyendo una amalgama de complejas circunstancias. Quizás donde este fenómeno se muestre más acusado sea en el mundo griego, en el que las diferentes “ciudades-estado” vivían en un continuo conflicto para aumentar su poderío, tanto económico como político y social, y evitar al mismo tiempo quedar sometidas bajo el yugo de las ciudades vecinas.

Los griegos consideraban que sólo merecía mantenerse libre la ciudad que supiera batirse dignamente por su libertad. De ahí que, uno de los aspectos más destacados del carácter cívico, fuera la preparación de los ciudadanos para el combate. En las ciudades griegas de época clásica, el ciudadano era ante todo un soldado que, con demasiada frecuencia, tenía que defender su ciudad de las amenazas exteriores. Ciudadanía y servicio militar caminaban de la mano en la construcción de la *polis*.

Las ciudades griegas, continuamente, necesitaban del empleo de las armas para defender su territorio y alcanzar nuevas conquistas. Era tal la inestabilidad militar de los primeros siglos de las nacientes *polis* que, prácticamente, se vivieron dos siglos de continuos enfrentamientos, detenidos durante breves lapsos de tiempo, aprovechados para recuperarse y golpear después con más fuerza.

Sin entender el funcionamiento de las legiones como instrumento de conquista, también resulta imposible comprender la creación del Imperio Romano. Bajo la fuerza de las armas se creó esta gran superpotencia que, de forma sistemática, fue conquistando los pueblos vecinos y, más tarde, apoyándose en ellos, ocupar todos los territorios del ámbito del Mediterráneo.

No quisiera terminar esta introducción sin dar las gracias a todas aquellas personas que, de una forma o de otra, me han brindado la ayuda y el apoyo emocional e intelectual necesarios para que haya podido concluir este libro.

Deseo dar las gracias a las doctoras Pilar Fernández Uriel y Pilar González Serrano, que dirigieron y supervisaron este trabajo bajo la fórmula de la codirección. Ellas me brindaron, con su amplia experiencia, el marco teórico en el que situar la investigación que tuvo como fruto esta obra. También debo expresar mi agradecimiento al profesor Fernando Quesada Sanz, que ha revisado este trabajo, enriqueciéndolo con sus consideraciones.

Por último, tengo una deuda eterna con mi familia que siempre me ha proporcionado la paciencia y el apoyo necesarios para que este trabajo haya llegado a buen puerto. Les dedico este libro a todos ellos por su cariño y comprensión, y porque siempre han creído y confiado en mí mucho más que yo mismo.